

LE GENERAL GUARNICION.

Era á fines de agosto de 1815, dos meses y medio despues de Waterloo. El general Rapp, que mandaba en jefe el ejército del Rhin, se habia visto obligado á retirarse á Strasburgo con dos divisiones de infantería diezmadadas por las acciones que habia dado en su retirada, y los restos de dos ó tres escuadrones de caballería que queria conservar á la Francia. Los aliados le habian perseguido hasta allí, y setenta mil hombres cercaban al reducido ejército del general, y amenazaban á Strasburgo con un sitio desastroso.

El 3 de julio, el príncipe de Wurtemberg habia ya anunciado al general Rapp un parlamentario para pedirle á nombre de Luis XVIII, que acababa de entrar en París, la entrega de la plaza de Strasburgo; pero el general pidió se le entregase la orden

del rey, y como el parlamentario no tenia orden, le habia hecho volver á conducir hasta las avanzadas.

Estas intimaciones se renovaron el 4 y el 5, pero el 6, el general Rapp, impacientado de aquella insistencia, se puso á la cabeza de un puñado de hombres, y haciendo un reconocimiento de las posiciones austriacas, colocó muchos puestos, acuchilló fuertes destacamentos de caballería, y se volvió á la plaza, despues de haber dado esta prueba de lo poco dispuesto que estaba á tratar con el enemigo.

Mas aun no podian convencerse de su resolucion, cuando dos dias despues, en un ataque de noche de la parte de Strasburgo, el general Rapp sorprendió y atacó á la bayoneta el campo atrinchado de los aliados, destrozó su caballería, hizo prisioneros en la cama á muchos oficiales austriacos, y obligó vergonzosamente á muchos generales á huir en camisa. Trataron de hostigar á los nuestros en su retirada; pero los asaltantes fueron rechazados dos veces con mucha pérdida y completamente desorganizados. Las tropas francesas volvieron á entrar en el campo, despues de haber adquirido la seguridad de que tenian en frente fuerzas infinitamente superiores en número.

Siguióse á esto un convenio militar, que puso término á las hostilidades en todo el territorio del

mando del general Rapp. En virtud de este convenio, el general austriaco Wolkmann se instaló en la plaza.

Pero renunciando á tomar por la fuerza á Strasburgo, resolvieron los aliados al menos sorprenderle. No lo habian conseguido con el acero, quisieron ensayar el oro. Un motin hábilmente dispuesto podia dar lo que una guerra leal habia dado, y acaso los agitadores serian mas felices que los soldados.

Por otra parte, la mitad de su obra estaba hecha. En medio de aquella gran derrota del imperio, una duda inquieta y terrible agitaba á todos los espíritus. Habia la firme creencia de que el emperador era invencible, y el emperador habia sido vencido. Era preciso, pues, que le hiciesen traicion, traicion por sus generales, sus oficiales y sus soldados. ¿Porqué las tropas habian cesado de sostener la campaña? ¿Los enemigos eran veinte veces mas numerosos que ellos! ¿Bonita razon! Seguramente los jefes se entendian con los aliados.

Hé aquí lo que se decia en voz baja en los bivaces y en los salones, y lo que se dice muy bajo se oye muy lejos.

Mientras cada uno desconfiaba de todos, el conde Rapp recibió del gobierno real la orden de licenciar sus tropas, y enviar á cada hombre aisladamente y sin armas. Pero del sueldo de ningun modo se tra-

taba. Se le envió además adjunta la orden de entregar á comisarios rusos diez mil fusiles del arsenal de Strasburgo. Júzguese de la agitacion y aun mas de la tristeza de los soldados. ¡ Todos aquellos correos cambiados con los aliados, aquellas armas ocultamente trasportadas al campo del enemigo! ¡ El general en jefe estaba, pues, ciertamente vendido á los Austriacos! Habia, como se aseguraba, recibido de ellos dos millones por entregarles los Franceses.

Rapp en tanto hacia inauditos esfuerzos por obtener del gobierno el sueldo de las tropas antes de licenciarlas, y no conseguia mas que 560,000 francos, cantidad despreciable que no se atrevia á ofrecerles á cuenta.

Entonces comenzó la sublevacion mas tranquila, el motin mas justo, el desórden mas regular, la insubordinacion mas respetuosa del mundo.

El 2 de setiembre por la mañana, el general en jefe, enfermo á la sazón, estaba en el baño. Entraron á decirle que cinco oficiales subalternos de diversos regimientos pedian permiso para hablarle á nombre de sus compañeros. Dió orden que los introdujeran.

— Mi general, dijo uno de los delegados, venimos para tener el honor de someteros una resolucion del ejército, concerniente á la orden de licenciamiento.

Y leyó :

« En nombre del ejército del Rhin, los oficiales, sarjentos y soldados no obedecerán á las órdenes dadas para el licenciamiento sino con las condiciones siguientes :

» Artículo 1º. Los oficiales, sarjentos y soldados no dejarán el ejército sino despues de haber sido pagados de todo lo que se les debe.

» Art. 2º. Saldrán todos el mismo día, llevándose armas, bagajes, y cincuenta cartuchos cada uno.

» Art. 3º... »

El general Rapp no dejó terminar. No era mas fácil de acomodarse con sus oficiales que con los enemigos. Furioso, se lanza del baño, arranca el papel de manos del malhadado orador : ¡ Condiciones á mi ! ¡ Ah ! ¡ me imponéis condiciones !...

Y los enviados tampoco le dejan acabar, y dan media vuelta y marchan á paso redoblado para dar cuenta á las tropas de la acogida poco graciosa del general en jefe.

Los sarjentos y cabos en número de quinientos los esperaban gravemente en la plaza de armas. La relacion de los diputados es escuchada con calma. Luego se ve á aquellos quinientos hombres aproximarse, reunirse en grupos, cuchichear entre sí alguna cosa en voz baja. A los diez minutos se restablece el mas profundo silencio.

— Sarjento Dalouzi, dice una voz.

Dalouzi, sarjento del regimiento número 7º. de infantería ligera, se adelanta. Es un hombre de treinta y cinco años, de buena fisonomía, sería é impasible, aptitud resuelta y solemne, hablar breve é imperturbable. Su boca no sonreia á menudo, su mirada no se asombra jamás.

— Sarjento Dalouzi, por unanimidad de votos, sois elegido general en jefe. ¿ Acceptais ?

Dolouzi responde : Acepto el honor y el peligro. Vais á prometerme tres cosas : os abstendreis de todo desórden, respetareis las propiedades, protegeréis las personas. Os juro por mi cabeza, que se-reis pagados antes de veinte y cuatro horas.

Elévanse mil aclamaciones de júbilo. Dalouzi no pestañea. Impone silencio á los suyos con un gesto notable de dignidad, y sin embarazo, sin emocion, continúa :

— ¡ Mayor Garnier !

El tambor mayor del 58 sale de un grupo.

— Mayor Garnier, os nombro jefe de mi estado mayor.

¡ Sarjento Dupuis !

Vos llenareis las funciones de gobernador de la plaza.

¡ Cabo Simon !

Vos mandareis la primera division de infantería.

¡ Cabo Adonis !

Vos tomareis el mando de la caballería.

En cinco minutos los regimientos tienen coroneles, los batallones y escuadrones jefes, las compañías capitanes. Hé aquí un estado mayor completo con galones y charreteras de estambre.

Entonces se toca generala. Infantería, caballería, artillería se dirigen en buen orden y á paso redoblado á la plaza de armas. Dalouzi da á reconocer á los nuevos jefes, y designa á los diferentes cuerpos los puntos de la ciudad que deben ocupar.

Por mas aceleradamente que acudió el general Rapp, no salió de su alojamiento á la cabeza de su estado mayor, sino cuando el estado mayor rebelde estaba ya en el pleno ejercicio de sus funciones usurpadas. Y ni aun dejaron tiempo á Rapp para salir de la plaza del palacio; porque por todas las calles que desembocaban en la plaza, salian las columnas corriendo, se colocaban precipitadamente en batalla, y cruzaban las bayonetas en cuanto el general intentaba pasar. Ocho piezas de artillería cargadas con metralla, obstruian formidablemente una de las salidas.

Decir la admiracion y el furor del conde Rapp cuando se vió de aquel modo inutilizado y aprisionado por sus propias tropas, seria seguramente difícil. Corria de un batallon á otro; pero su cólera se estrellaba contra la actitud sombría y resuelta de los soldados. Quería hablar, pero su voz era aho-

gada por los silbidos del pueblo, y sobre todo por las bocas de los agitadores. Se lanzó hácia un obus junto al que estaba un artillero con la mecha encendida.

— ¡ Miserable ! ¿ quieres matarme ? Aplica la mecha : héme aquí á la boca.

El artillero arrojó su botafuego.

— ¡ Ah, general ! dijo sencillamente, estaba yo en el sitio de Dantzick con vos.

No obstante, detrás de las filas inmóviles de los soldados mudos, continuaban los gritos y las provocaciones.

— Disparad... ¡ he vendido al ejército !... Disparad, pues...

Algunos jóvenes soldados extraviados apuntaban al general. El jefe de estado mayor Garnier se dirigió á él á todo escape.

— Mi general, ¡ por Dios ! retiraos; no expongais inútilmente vuestra vida. ¿ Qué podriais hacer ? Estamos absolutamente decididos á hacer que nos paguen... Así volveos á palacio, y el general Guarnicion responde de todo.

— ¿ Quién es el general Guarnicion, si os agrada decirlo ?

— Mi general, es nuestro nuevo general en jefe.

Tal era, en efecto, el nombre colectivo que acababa de adoptar ingeniosamente Dalouzi, para poner algo á cubierto su responsabilidad. Ulises

habia dicho á Polifemo : Yo me llamo *Persona*. Dalouzi excedia á Ulises en toda la altura del hombre civilizado sobre el hombre primitivo. Dalouzi tenia el honor de pertenecer al siglo que debia ser el siglo del gobierno representativo y de la prensa. Estad seguros que Dalouzi hubiese respondido orgullosamente al Cielope : Yo me llamo *Todo el Mundo*. — *Persona, Todo el Mundo* : hay cinco mil años entre esas dos palabras. *Persona, Todo el Mundo*, ¿ no es en el fondo lo mismo ?

Rapp sabia que su ejército no estaba inclinado al enemigo, y le repugnaba ser el enemigo para él. Se retiró al palacio. Al punto mil hombres de infantería, ocho escuadrones, y ocho piezas de artillería le siguieron y tomaron la guardia exterior. Un batallon de granaderos fué á situarse en el patio, y se instaló guardia interior. Colocáronse sesenta centinelas de dos en dos en todas las escaleras, en todas las puertas y hasta en la de la alcoba del conde.

Por otra parte, Rapp estaba reemplazado maravillosamente : el general Guarnicion multiplicaba las órdenes como si no hubiese hecho mas que mandar toda su vida. Mandaba como un dictador; se le obedecia como á un amigo.

— Van á apoderarse del telégrafo y de la casa de moneda : levantar los puentes y nadie podrá comunicar con los puntos exteriores sin un permiso

especial del gobernador de la plaza. Publicar la prohibicion, *bajo pena de la vida*, de entrar en los figones y tabernas. La misma pena contra los fautores de desórdenes, del saqueo y de la *insubordinacion*. — Se organizaron vivacs permanentes á las dos en las calles principales y en las plazas. Esto para los enemigos interiores. En cuanto á los enemigos exteriores, que se doble la linea exterior y los cuerpos de guardia de la ciudadela. Además, centinelas en las poternas del Mercado Viejo y del arrabal San Luis; no sé cómo el general Rapp podia abandonar estos puntos; ¡ era una indiscrecion ! — Comandante Adonis, haced decir al general austriaco Wolkmann que no tiene absolutamente nada que temer, y poned un destacamento á su disposicion. Es preciso ser corteses, ¡ diablo !

— Vos mayor Garnier, id con un corneta al cuartel general de los aliados, é intimadles que si respetan la tregua, la guarnicion no se propasará á ningun acto de hostilidad; pero que si hacen la intencion de atacarnos, ó de meterse sencillamente en nuestros negocios de casa, los recibiremos poco fraternalmente.

— ¡ Y bien ! coronel Seurhumé, ¿ qué es eso ? Parece que estais avergonzado.

— Perdonad, mi general, es que el fusilero Sebertre me ha llamado coronel postizo.

— ¿ Y bien ?

— ¡ Y bien ! Con vuestro permiso, mi general, le he hecho poner los grillos.

— Perfectamente.

— Sí, perfectamente; pero en el momento en que yo decía : ¡ Los grillos á ese insurrecto ! me encontré frente á frente con mi coronel, el otro, el antiguo, el verdadero... quien me ha dicho llanamente : ¡ Miserable ! ¿ Seria preciso tambien hacer le pusieran á este los grillos ?

— ¡ Diablo ! dijo el general Guarnicion.

— ¡ Y bien ! dijo despues de haber reflexionado, la cosa es muy sencilla : todos los generales, y todos los que tienen un mando de alguna importancia, están detenidos en su alojamiento hasta nueva orden. Cada uno de ellos será custodiado por soldados de un cuerpo distinto del suyo. Ténganse los mas minuciosos miramientos. Si algun jefe se insurrecciona, se le hará presente con suavidad que ante todo son la disciplina y la subordinacion militares, y que es deber suyo dar el ejemplo no quebrantándolas. No se obrará con rigor sino al último extremo.

A las doce del dia habiéndose tomado bien todas las medidas de policia, y la seguridad interior y exterior perfectamente asegurada, el general en jefe Guarnicion cedió su puesto á Guarnicion el administrador. Constituyó á los señores furrieles en comision de víveres, y á los señores sarjentos ma-

yores en comision de impuestos. Despues llamó al inspector de revistas y al recibidor general. El primero hizo un presupuesto aproximado de las cantidades necesarias para pagar lo atrasado, el segundo presentó el estado de su haber en caja. Entonces Dalouzi convocó el consejo municipal, y con exquisita politica, suplicó al corregidor buscarse los medios de realizar los fondos necesarios para extinguir aquella deuda.

Mientras los concejales discutian en el ayuntamiento, los ciudadanos temblaban en las calles, lo cual hacia avanzar mas las cosas. Preciso es decir que el ejército, despues de haber ejecutado diversos movimientos, marchas y contramarchas, se habia quedado inmóvil y como petrificado en los bivacs y en los puestos. Verdaderamente era aquello terrible, para el esposo ó el padre de familia. Las tropas estaban sobre las armas, sombrías, inertes é imponentes, sin hablar, sin moverse, era esa calma majestuosa y solemne que precede á la tormenta. Los soldados se habian convertido en estatuas. En vano los comerciantes, saludando, sonriendo muy amables, les hacian las promesas mas seductoras, les insinuaban paternales preguntas; un brutal « ¡ largo ! » les hacia dar un salto de diez pasos.

Era preciso, pues, transigir á toda costa, y los buenos habitantes que no soñaban mas que en el

saqueo, matanza é incendio, consintieron en fin en adelantar las cantidades necesarias.

Guarnicion habia sido mas diestro y mas persuasivo que Rapp.

Este envió entonces á su jefe de estado mayor cerca de las autoridades, para arreglar la reparacion del empréstito. Un cabo y seis hombres condujeron á este oficial al ayuntamiento, terminó allí sus cuentas, y volvió al palacio con la misma escolta.

A la noche, la alarma de los pobres habitantes de Strasburgo se calmó algo; multiplicadas patrullas circulaban por todas las calles, y la ciudad habia recibido orden de iluminar, á fin de que fuese mas fácil ejercer una vigilancia severa. Al mismo tiempo que los habitantes se tranquilizaban, se humanizaban los soldados, porque el general-sarjento habia hecho leer en todos los puestos esta proclama :

« Todo marcha bien. Los ciudadanos abonan. Los pagos van á comenzar.

» *Firmado, GUARNICION.* »

Al dia siguiente, 2 de setiembre, intentaron los Austríacos mezclarse en el drama para darle animacion. Primero llega á galope á la plaza de armas un cazador de á caballo. Anuncia á Dalouzi que acaban de detener tres furgones cargados de

oro, que pertenecian al general Rapp, quien los hacia salir bajo la proteccion de los Austríacos. Estos tres carruajes, añade, han sido conducidos al Puente cubierto, y hé aquí el recibo que os traigo. ¡ Venganza ! El general Rapp nos ha vendido al enemigo; es un traidor. Es preciso fusilar á los traidores.

— Es muy justo, respondió Dalouzi. ¡ Seis hombres y un cabo !

— ¡ Presente ! dijo el general Simon adelantándose.

— ¡ Y bien ! ¿ qué es lo que haceis, general ? ¿ Estais loco que olvidais vuestro grado ? Enviad seis hombres y un cabo, y que fusilen inmediatamente á ese honrado espía.

Dos horas despues, individuos con uniforme y vestidos con insignias de cabo y sarjento, se presentan sucesivamente en el palacio, y engañando á la guardia interior y exterior, quieren usar de violencia para introducirse en la alcoba del general. Pero son rechazados, hechos prisioneros, y conducidos á lugar seguro.

Los soldados habian puesto sitio á su general, porque su general les incomodaba; pero se harian todos matar por defender su vida, porque le respetaban y le amaban.

Al medio dia fueron á decir al general Guarnicion que por la mañana la linea enemiga habia

estrechado sus acantonamientos y recibido refuerzos. La situación se hacia cada vez mas grave, y la responsabilidad mas inmensa. Dalouzi conservó una majestuosa calma. Hizo aun reforzar la división exterior, dobló dos grandes destacamentos, y esperó. El enemigo se estuvo quieto.

En tanto el empréstito se habia realizado. Los oficiales cajeros, siguiendo el orden numérico de su regimiento, fueron conducidos, bien escoltados, á casa del pagador general, y allí percibieron las cantidades necesarias para dar las pagas á su cuerpo; pero se les prescribió no efectuasen los pagos individuales hasta que todos los regimientos hubiesen percibido su haber.

Las funciones temporales del general Guarnicion tocaban á su fin; pero no permitió que se relajase en lo mas mínimo la mas rigurosa disciplina; y á las tres quiso recorrer por sí mismo la ciudad, á la cabeza de su estado mayor improvisado.

Para pintar este estado mayor, seria preciso el lápiz de Charlet. Todos estaban montados, pero Dios sabe cómo; ¡ Mazepa tambien iba á caballo! Los unos alargaban las piernas en arco, y no se mantenian así sino á fuerza de puños; los otros no iban sentados, sino tendidos. Los pantalones de muchos descubrian la rodilla, convirtiéndose en calzones cortos. Todos los rostros estaban pálidos ó encendidos, segun los temperamentos. Dalouzi, derecho,

tieso, mordiéndose sus labios, conservaba su presencia imponente y su aire senatorial.

Tenia motivo para estar contento: por todas partes hallaba la tranquilidad mas completa, el orden de una colmena, el silencio de un claustro. A su paso, se batian cajas; se le hacian todos los honores debidos á un general en jefe. El bravo sarjento estaba algo deslumbrado, embriagado, preciso es decirlo. Su frente estaba tranquila, pero bajo aquella frente fermentaban tumultuosos pensamientos. Habia hecho, en fin, lo que el general Rapp no habia podido hacer: se habia servido poderosamente de la sedicion para arreglar la sedicion; habia vencido la tempestad con la tempestad. Ejecutó la voluntad de todo un ejército. Al menos recibian sus camaradas la débil indemnizacion de su sangre derramada y sus heridas; tendrian con qué hacer su viaje y retirarse á sus hogares. Dalouzi era quien habia hecho todo esto, conteniendo al mismo tiempo con su firmeza á un enemigo dispuesto á aprovecharse de sus faltas. Ciertamente un mariscal de Francia no hubiese demostrado mas sangre fria, orden y energia. ¡ Tan notable capacidad en un sarjento! El gobierno lo sabria, y ¡ quién sabe!... Una música guerrera mecia aquellos sueños y llevaba el compás á aquellas ambiciosas ideas, y Dalouzi no podia decir si era Rapp quien le habia usurpado su puesto, y si no entraba

él en triunfo en sus honores y dignidades legítimas.

Pero, al día siguiente, estos últimos vestigios de la humanidad hubieran desaparecido en el alma modesta y honrada del buen sarjento.

A las nueve de este día, habiendo terminado la repartición de los fondos, se oyó tocar generala, el ejército se reunió, retiró sus puestos, levantó el sitio del palacio, y se dirigió á la plaza de armas. Dalouzi, acompañado de su estado mayor, hizo colocar las tropas en batalla, mandó el silencio con un gesto *histórico*, como diría San Simon, y leyó la proclama siguiente :

« Soldados del ejército del Rhin.

» El paso atrevido que acaba de darse por vuestros jefes subalternos, para obligar á que se os haga justicia y para la perfecta solvencia de vuestras pagas, los he comprometido para con las autoridades civiles y militares. En vuestra buena conducta, vuestra resignacion y excelente disciplina, esperan encontrar su salvacion : la actitud que habeis conservado hasta hoy es de ello la mas segura garantía. Ellos esperan que no la desmentireis. Soldados, los oficiales cajeros tienen en sus manos todo lo que se les debe; la guarnicion volverá á entrar en su primera plaza; los puestos continuarán hasta que el general en jefe dé las órdenes competentes.

Luego que se verifique la entrada, los sarjentos mayores y los cuartel-maestres irán á casa de sus respectivos oficiales pagadores, y tomarán, antes de pagar á la tropa, las órdenes de los señores coroneles, á fin de hacer la retencion á quien corresponda. La infanteria debe ser licenciada : tomará órdenes superiores; y la caballería no teniendo aun ninguna orden, esperará su suerte, á fin de entregar al ménos, antes de marchar, caballos, armas, y todo lo que pertenece al gobierno. Y se podrá decir :

— Son franceses; han servido con honor; se han hecho pagar lo que se les debía, y se han sometido á las órdenes del rey con el bello título de ejército del Rhin. »

— Y ahora, añadió el general Guarnicion, hace prevenir al general Rapp que puede venir á pasar revista á su ejército.

Y el sarjento Dalouzi fué á colocarse entre filas detrás de su compañía.

Dos horas despues dejaron las armas en el arsenal, y todos los cuerpos fueron licenciados. Dalouzi, jefe de motin, habia incurrido en la pena capital : el ministro le dió la charretera de subteniente.

Pero como la paz amenazaba prolongarse indefinidamente, en cuanto tuvo el tiempo exigido para el retiro, el buen sarjento pidió su licencia y

volvió á la vida privada, no conservando de sus honores pasados mas que el título honorario de general.

Así es, como se ha visto, como se le llama aun generalmente en la ciudad libre de Strasburgo.

Con esto, perfectamente satisfecho de la narracion de mi huésped, nos despedimos de él, fuimos á acostarnos, y dormimos como verdaderos alsacianos.

Al dia siguiente, á las nueve de la mañana, estaba yo delante de la catedral de Strasburgo.

Era aquello lo mas hermoso que habia yo visto en todo mi viaje. Por lo cual no intentaré describirlo, sino que invitaré sencillamente á mis lectores á que la vean, como la octava maravilla del mundo.

FIN.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

	Pág
La Drakenfels. — Coblenza.	5
Marceau	46
San Goar.	65
El Lore-Lei.	73
Mr. de Metternich y Carlo-Magno.	92
Francfort.	117
La calle de los Judios.	129
Excursion.	140
Manheim	157
Karl Ludwig Sand.	173
La casa de correccion	188
La ejecucion.	205
El doctor Widemann.	222
Heidelberg	251
Carlsruhe.	247
Redro de Stauffenberg	263
Baden-Baden.	288
Turena.	501
El general Guarnicion	328

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.